

# ABANICOS, SOMBRILLAS Y PARAGUAS M. DE DIEGO

PUERTA DEL SOL, 13

Unico verdadero café torrefacto marca

## LA ESTRELLA

MONTERA, 32. Teléfono 1.555

Los únicos é inmejorables cafés  
torrificados los vende

## La Mexicana

PROBADLOS Y OS CONVENCERÉIS

24, PRECIADOS, 24

CAFÉS CAXAMBÚ MONTERA, 51  
Teléfono 1.852

## SOLUCION SANCHEZ SANTANA

Es la preparación más racional y científica para curar los catarros crónicos, tuberculosis en su primer y segundo grado, las toses recientes, la bronquitis crónica, la debilidad en general. De venta en todas las boticas. Laboratorio químico del autor, calle del Pez, núm. 20, y Arenal, 15. 2 pts. frasco.

### EN UNA ESCUELA

*Maestro.*—Dice usted que Dios hizo el mundo para recreo del hombre. ¿Y cómo debemos recrearnos?

*Discipulo.*—Comiendo buenas tajadas.

*Maestro.*—¿Se necesita desahogar...

*Discipulo.*—Lo que se necesita son buenos dientes: para lo que es preciso enjuagarse á diario con el **Licor del Polo.**

### PIANO PLEYEL

DE COLA,

2.000 ptas.

VALOR. 4.000

MONTE BENEFICO  
12, Monterá, 12

### GABANES

moda ocasión. Monte Benéfico  
Montera, 12, pral.



## EMPORIO DE VENTAS DE MUEBLES

Actualmente la casa de moda en Madrid  
Hemos adquirido una partida de Pianos y de objetos decorativos, raros, elegantísimos, y lo realizamos á precios increíblemente baratos.

Unico establecimiento  
de Emmanuel y Santiago Leganitos, 35 Teléf.º 1.912

Apenas llevaba varios segundos en su asiento, cuando se abrió la portezuela del vagón y entraron en él dos nuevos pasajeros.

Eran éstos una señora de alguna edad y un caballero joven.

Glady hizo un movimiento de desagrado y se dirigió hacia el extremo opuesto, colocándose al lado de la ventanilla. De buena gana hubiera descendido en busca de otro coche, pero ya faltaban brevísimos momentos para partir, y además, no le parecía justificado aquel cambio ante sus nuevos vecinos.

—¿Estás seguro que el mozo ha colocado el equipaje dentro del vagón?—preguntó la señora al caballero.

—Está ya todo colocado.

—Estará colocado, pero los bultos que veo aquí no deben ser nuestros—añadió mirando á la rejilla,—porque este paquete grande envuelto en papel gris no creo que nos pertenezca.

—Todo es nuestro; ese paquete es una cosa que he comprado.

—¿Y qué puede ser ese armatoste?—exclamó la señora sintiéndose sumamente intrigada y con deseos de satisfacer su curiosidad.

—A ver si lo adivina usted—respondió el joven echándose á reír.

—¿Qué sé yo! Para bastones ó paraguas, me parece demasiado grande. ¡Cualquiera adivina qué chirimbolo se te habrá antojado comprar!

—Ni lo acertaría usted nunca, por más que se devanase los sesos. Es una bandera.

La dama le miró con aire de extrañeza.

—No se asuste usted, que eso es la bandera de un regimiento.

—Pues ahora sí que lo entiendo menos.

—Ya lo comprenderá usted cuando se lo explique.

Glady, al oír estas palabras, se volvió rápidamente hacia los viajeros, disponiéndose á escuchar su conversación.

Sí, era él, en efecto, aquel joven alto que á última hora había sido su competidor en la subasta y que se había llevado el estandarte por las cincuenta libras.

Sintió vehementes deseos de echarse á llorar como una chiquilla, pero hizo todo lo posible para reprimirse.

—¿Dan veinticinco libras!—repitió golpeando al mismo tiempo con el martillo.—¿No hay quien dé más?

—¡No, no puedo ofrecer más!—exclamó Glady poniendo en su voz y en el gesto de su mirada una expresión de melancolía y de súplica tan intensa, que no pudo menos de conmovér á las personas que se hallaban á su alrededor.

El prendero, en tanto, no podía ocultar su regocijo; fumaba reposadamente su pipa y lanzaba bocanadas de humo, mientras contemplaba á su modesta rival con todo el olímpico desprecio que inspira la desgracia en los corazones pequeños y ruines.

Después, y dirigiéndose al vecino que tenía más próximo, un joven de elevada estatura que presenciaba en silencio aquella escena, exclamó:

—Ya me he quitado de enmedio á la hija del comandante ¡Buena fuera que se llevase la ganga ella solita! Ya no tiene más, pero no la quedará otro remedio que subir unos cuantos chelines y comprármela á mí en mi tienda.

—¿Es hija de un comandante?

—Sí; del comandante Ashford, que, según tengo entendido, perteneció al regimiento de húsares de Downbrook, y la muchacha se conoce que por sentimentalismo le quiere regalar ahora su antigua bandera.

El joven siguió sin decir una palabra; pero después de dirigir sus miradas hacia el sitio en que se encontraba Glady, dijo en alta voz:

—¡Cincuenta libras!

—¿Cincuenta libras?—repitió el trapero para sí.—En buen lío me he metido; este hombre me va á desbaratar mi combinación—añadió, dirigiendo torvas miradas á su inesperado competidor.

—¡Dan cincuenta libras!—exclamó gozosamente mister Smeldom.

Después, encarándose con el prendero, le preguntó:

—¿No me ofrece usted más, Mr. Shederach?

El sujeto en cuestión vaciló un instante; no se sentía con ánimos para llegar tan alto, y le faltaron las fuerzas para pujar.

Meneó tristemente la cabeza, mirando al comerciante con aire de desconsuelo.